

Capítulo 7: El 3 de agosto

El calendario colgado en la cocina marcaba el día con tinta roja:
3 de agosto de 1945.

Kyo lo miró apenas al pasar. Tres días. Solo eso.

Pero no dijo nada. Aoi tampoco mencionó la fecha. Solo lo miró de reojo mientras servía el desayuno.

—Hoy tenemos el día libre. La directora del hospital dijo que trabajamos demasiado esta semana — comentó Aoi, con una sonrisa sutil.

—¿Tienes algo planeado?

—Pensaba visitar el mercado. Quiero comprar incienso para el altar de mi madre... y buscar papel para nuevas linternas.

Kyo dudó por un segundo. Sabía que no debía acercarse más. Pero tampoco podía evitarlo.

—¿Puedo acompañarte?

Ella lo miró con una mezcla de sorpresa y alivio.

—Claro. Será más fácil cargar las bolsas si no voy sola.

El mercado estaba lleno de vida. Gente apurada, niños jugando con trompos, mujeres regateando precios. Kyo no podía dejar de pensar en lo que sabía que vendría, pero se obligó a guardar cada imagen: los colores, los aromas, los rostros.

Una Hiroshima viva.

Una Hiroshima antes de la tragedia.

Aoi se detenía en cada puesto como si conociera a todos. Saludaba, preguntaba, reía.

Kyo la observaba desde un paso atrás, sintiendo algo muy distinto a lo que había sentido por cualquier otra persona.

Era una mezcla de admiración, dolor y... temor.

Temor de perderla.

—¿Qué miras? —preguntó ella de pronto, mientras envolvía el incienso.

—Nada. Solo... me doy cuenta de que sabes moverte en este mundo.

Aoi lo miro de reojo, como si no entendiera.

—¿Y tú no?

Kyo tardó unos segundos en responder.

—Yo solo lo estoy recorriendo este tiempo... prestado.

Ella no insistió. Pero esa noche, cuando regresaron a casa, se sentaron juntos en el pórtico, sin decir nada. Solo escuchando el canto de las cigarras.

—A veces pienso que no me queda mucho por vivir —dijo Aoi, de pronto—. No por la guerra. Es otra cosa. Como una sensación que no se va.

Kyo la miró.

—¿Miedo?

—No. Es diferente.

Es como si la vida fuera un tren... y yo solo estuviera esperando bajarme en la siguiente estación.

Kyo tragó saliva. El corazón le golpeaba las costillas.

—Entonces déjame acompañarte hasta esa estación —dijo, sin pensarlo.

Aoi lo miró. No sonrió, no lloró. Solo apoyó su cabeza en su hombro, en silencio.

Esa noche no se dijeron nada más. Pero algo invisible se selló entre ellos.

Un lazo. Silencioso. Inquebrantable.

Con fecha de caducidad.